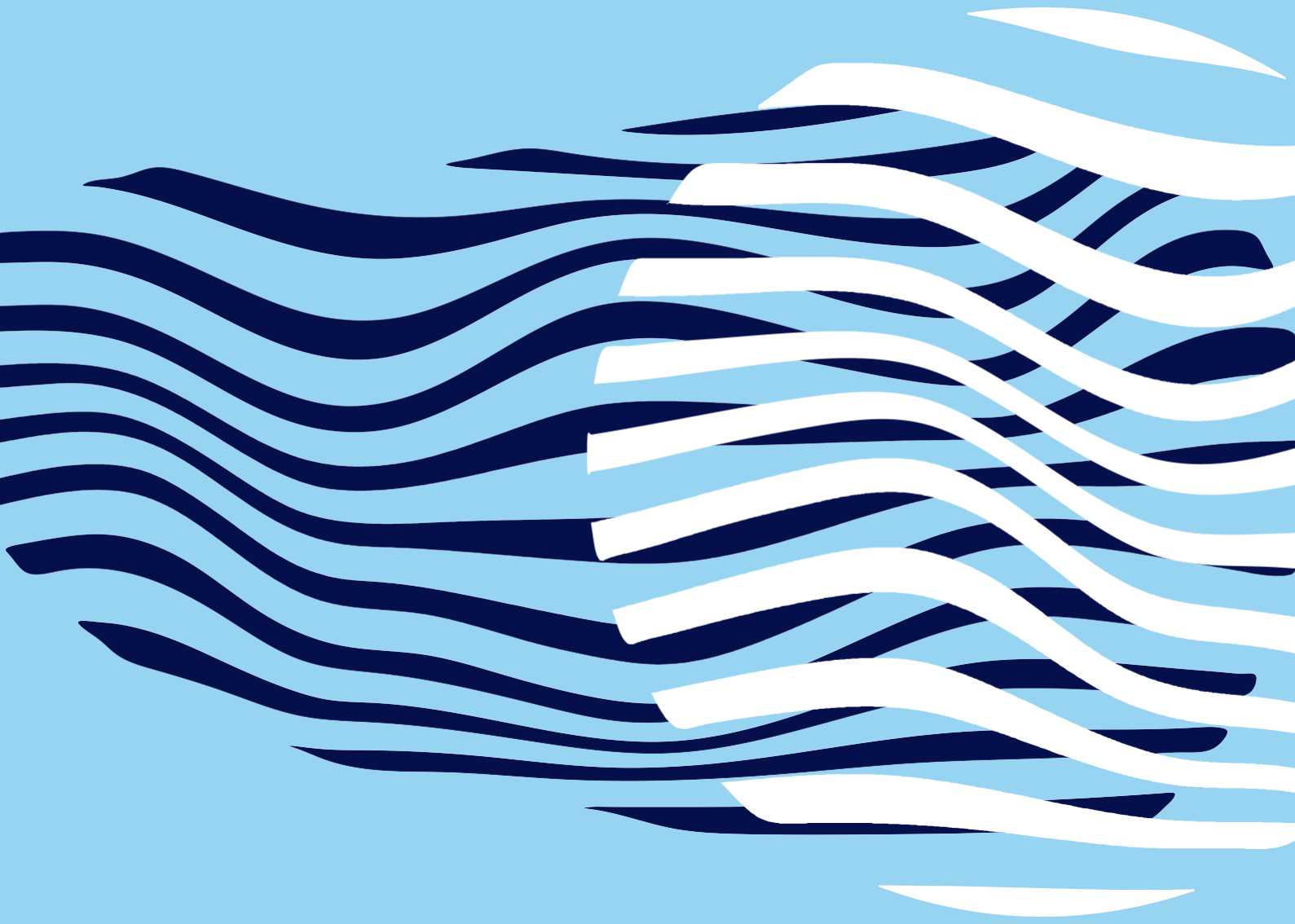
Annual Conference 2026



Hope MANIFESTO

#HISTORYANDHOPEMANIFESTO

EuroClio

HOUSE OF EUROPEAN HISTORY

An initiative of the European Parliament

Sobre este manifiesto

En 2026, durante la 32.ª conferencia anual de EuroClio, «Historia y esperanza: aprender para cambiar», la Casa de la Historia Europea y EuroClio crearon espacios colaborativos dedicados a la reflexión y al intercambio en torno al tema de este año. Este proceso colectivo, impulsado por la Casa de la Historia Europea y basado en las numerosas aportaciones recopiladas a través del «Muro de la esperanza»—una línea temporal visual puesta en marcha por EuroClio—, así como en los talleres participativos y las reflexiones escritas a lo largo de la conferencia, dio lugar al ***Manifiesto de la Esperanza*** definitivo.

El manifiesto recoge las reflexiones, experiencias y compromisos de unos **250 profesores y educadores de Historia**, que contribuyeron a su elaboración durante la conferencia a través de un proceso participativo estructurado.

El *Manifiesto de la Esperanza* es una expresión colectiva de la comunidad docente de Historia y un punto de referencia común que permite entablar un diálogo más amplio. Arraigado en la práctica profesional y forjado en el crisol del intercambio de ideas, está dirigido, ante todo, a educadores y estudiantes de toda Europa y del resto del mundo, aunque también se comparte con instituciones y organizaciones comprometidas con temas relacionados con la democracia, la educación y la cohesión social.

Se concibió como un texto colectivo y dirigido por docentes sobre el papel de la enseñanza de la historia en tiempos de incertidumbre. Aspira a expresar, de forma concisa y accesible, cómo consideran los docentes que enseñar Historia contribuye al pensamiento crítico, la vida democrática y la pluralidad de perspectivas, así como a destacar el papel de la esperanza como valioso enfoque pedagógico.

Las distintas actividades permitieron recabar de entre la comunidad que participó en la conferencia una amplia variedad de prácticas, inquietudes, aspiraciones y compromisos.

Un comité editorial, compuesto por diez profesores y educadores voluntarios, trabajó para consolidar y estructurar estas contribuciones en un texto final congruente. Su cometido fue garantizar la claridad, la coherencia editorial y la fidelidad al proceso colectivo del que emergió el manifiesto.

El Comité Editorial



Firma de los integrantes del Comité Editorial

Emer Shanahan

Juraj Varga

Wouter Smets

Kamila Ropero

Mirela Sakej

Sérgio Neto

G. Rósa Eyvindardóttir

Jordi Van den Hoven

Lejla Čaušević

Sinead Fitzsimons

El *Manifiesto*

de la Esperanza

Enseñamos a partir de historias diferentes, pero afrontamos retos comunes

Dentro y fuera de Europa, nuestras aulas están impregnadas de diferentes recuerdos, conflictos, silencios y contextos políticos. Hay muchas formas de enseñar el pasado, vivir el presente y considerar el futuro. Todo docente de Historia imparte sus clases desde una perspectiva específica, condicionada por su bagaje personal. Esto es relevante, ya que la historia nunca se enseña fuera de su contexto. Pero los retos a los que nos enfrentamos son cada vez más comunes.

«El tira y afloja entre mantener a duras penas la esperanza en lugar de rendirse al miedo en un mundo tan lleno de sufrimiento e injusticia, al tiempo que se anhela desesperadamente un cambio (y formar parte de él)».

Fuera del aula, el debate público suele estar polarizado, el individualismo puede debilitar el sentimiento de comunidad y los valores democráticos ya no pueden darse por sentados. Sin embargo, la historia también nos muestra que los derechos, las libertades y las expresiones de solidaridad se han ido construyendo a lo largo del tiempo y que pueden protegerse, reexaminarse y renovarse. El alumnado crece navegando en un mar de redes sociales, desinformación e inteligencia artificial donde puede resultar difícil evaluar la fiabilidad de la información y donde el exceso de contenido puede generar confusión, hastío y desconfianza. El racismo sistémico, la desigualdad, el trauma intergeneracional y las tensiones sociales y guerras sin resolver también influyen en cómo se relacionan los jóvenes con la historia, con las instituciones y entre ellos.

La historia es susceptible de ser tergiversada y manipulada. En nuestro rol de profesores y educadores, combatimos contra ello en las aulas y como comunidad.

En el aula, estas realidades se plasman en las preguntas, emociones, dudas, resistencia, silencios o desinterés del alumnado, pero también en su curiosidad, su sentido de la justicia, sus competencias digitales y su deseo de comprender el mundo en el que viven. Los estudiantes aportan relatos procedentes de familias, comunidades, medios de comunicación y espacios digitales, así como cuestiones sobre legado e identidad: qué se hereda, qué se comparte, qué se refuta y qué decide cada generación conservar o cambiar. Esos momentos pueden ser difíciles, pero también brindan oportunidades.

Esas emociones no pueden ni deben quedar al margen de la formación histórica. Forman parte de la realidad en la que se enseña Historia.

Qué significa la esperanza en la docencia de Historia hoy en día

«Esperanza» puede adquirir distintos significados según el contexto, las experiencias y el idioma. Para los docentes de Historia, no puede seguir siendo un término abstracto. Para nosotros, la esperanza no es optimismo ingenuo. No se trata de creer que las cosas van a mejorar sin más.

Fuera del aula, la esperanza puede entenderse como la capacidad de preservar nuestro capital social, mantener la resiliencia de nuestras sociedades, superar dificultades y resistir a la desesperación. Se sustenta en valores como la solidaridad, los derechos humanos, la equidad, la inclusión y la responsabilidad. Aporta energía, motivación, determinación y propósito. Ayuda a la gente a seguir buscando vías de acción, incluso cuando el cambio es lento, incierto o difícil.

Dentro del aula, la esperanza es algo que se pone en práctica. Es una herramienta para el cambio.
Como docentes de Historia, **nos mueve la necesidad de generar confianza:** de confiar en que los alumnos sean capaces de afrontar la complejidad y cuestionar las narrativas. Sin ella, no podemos abordar temas históricos complejos, aceptar opiniones divergentes o ayudar al alumnado a poner en tela de juicio discursos polémicos. Confianza no es sinónimo de comodidad ni de consenso. Crea las condiciones para que los estudiantes se sientan respetados y aprendan a creer en sus propias capacidades, ahora y de cara al futuro. Y para que sigan dialogando como ciudadanos del mundo activos y contribuyan así a una sociedad abierta y confiada más allá de las aulas.

El aula de Historia es uno de esos espacios donde la esperanza se practica, porque enseñar Historia es una forma de sembrar esperanza. Demuestra que el mundo no ha sido siempre como es ahora. Demuestra que las sociedades han cambiado, que la gente ha actuado, que se han combatido las injusticias, que se han reivindicado derechos, que las comunidades se han reconstruido y que los discursos se han transformado.

Por eso la esperanza no es algo extrínseco al magisterio de la Historia. Ya es posible hallarla en la labor de sus docentes y en cómo ayudamos al alumnado a pasar de ser estudiantes pasivos a ciudadanos activos, potenciando su capacidad de pensamiento crítico y motivándolos a pasar de la reflexión a la acción.

«Para mí, la esperanza es un acto radical [...] Pienso que es, simultáneamente, decisión y compromiso: algo a lo que aferrarse y que, al mismo tiempo, hay que transmitir a los demás».

Para los alumnos, la esperanza debe ser una herramienta que les haga posible comprender y actuar.

Les ayuda a conectar el pasado con el presente, a cuestionar lo aparentemente inamovible, a imaginar y a entender que las cosas pueden ser diferentes. Los alumnos no solo reciben conocimientos. También aportan sus preguntas, experiencias, emociones, habilidades —como la pericia digital— y formas de ver el mundo. La esperanza florece cuando estas aportaciones se toman en serio y pasan a formar parte del proceso de aprendizaje.

Por lo tanto, para los docentes de Historia, la esperanza es tanto una responsabilidad como un ejercicio: una forma de enseñanza que fomenta la comprensión, la autonomía, el sentido de comunidad, la participación democrática y la posibilidad de cambio.

Dónde cobra forma la esperanza en la docencia de Historia

La esperanza cobra forma en el trabajo cotidiano de la docencia de Historia: en los temas que proponemos, los materiales que elegimos, las preguntas que planteamos, las historias que compartimos, los silencios que investigamos y los espacios que creamos para que el alumnado piense, se exprese y participe.

Las fuentes, los datos y las pruebas son fundamentales para este trabajo. Fotografías, objetos, testimonios orales, mapas, archivos, nombres de calles, exposiciones en museos, vestigios históricos locales y documentos digitales: todo ello ayuda a los alumnos a tomarse su tiempo y observar con más atención. Aprenden a preguntarse quién habla, qué es un hecho, qué es una opinión, qué falta y qué se puede poner en tela de juicio. Estas destrezas trascienden con mucho el aula de Historia.

Algunas de estas historias son intergeneracionales. Conectan a los estudiantes con niños, adultos y personas mayores, tanto del pasado como del presente. Nos recuerdan que la historia también tiene que ver con lo que se transmite, lo que se hereda y lo que cada generación decide conservar o cambiar.

La multiperspectividad es fundamental para este trabajo. Al utilizar diferentes puntos de vista, comparar narrativas y cuestionar las perspectivas dominantes, nacionales, coloniales o eurocéntricas, ayudamos al alumnado a comprender que la historia no tiene una única versión. Buscamos voces ausentes de los libros de texto y preguntamos qué se ha silenciado, pasado por alto o invisibilizado. Esto no simplifica la historia; la hace más honesta.

La esperanza también precisa espacio para el desacuerdo. No requiere consenso, pero sí la confianza suficiente para mantener conversaciones difíciles. A través del diálogo, el debate y el conflicto sano, los alumnos pueden escuchar de forma constructiva, argumentar, cuestionar, comparar pruebas y enfrentarse a diferentes interpretaciones sin que el desacuerdo se convierta en hostilidad.

«Sin fricción no hay reflexión. La esperanza, por lo tanto, no significa evitar la tensión, sino confiar en que la confrontación pueda dar lugar a la conexión [...] para imaginar colectivamente un futuro más justo».

La participación convierte este aprendizaje en autonomía. Cuando los alumnos plantean sus propias preguntas, investigan, debaten, crean en equipo, se unen al consejo estudiantil, desarrollan un proyecto, hablan con los demás o establecen vínculos entre el aula y la comunidad, pasan de ser meros oyentes a participar activamente. Empiezan a verse a sí mismos no solo como estudiantes de Historia, sino como personas que pueden formar parte de ella e influir en su devenir.

Las emociones son también parte ineludible de este trabajo. La historia puede evocar y provocar miedo, ira, tristeza, resistencia, empatía, incomodidad y preocupación. Si se los ignora, estos sentimientos pueden llegar a bloquear el aprendizaje; sin embargo, cuando se los reconoce y se trabajan, resultan fundamentales para lograrlo. No reemplazamos los hechos por emociones. Las emociones son una parte innegable del pensamiento crítico. Ayudamos a los estudiantes a comprender lo que sienten, a gestionar esas emociones y a pasar de la reacción a la reflexión.

La imaginación despeja el camino a la esperanza. A través de juegos de rol, simulaciones, reflexión basada en el arte, preguntas orientadas al futuro y aprendizaje lúdico, el alumnado puede experimentar la complejidad en primera persona en lugar de limitarse a oír hablar de ella. Pueden ponerse en la piel de diferentes personajes, enfrentarse a dilemas, poner a prueba sus decisiones y darse cuenta de que el presente no es algo inmutable. La creatividad también puede ofrecer otra vía para evaluar el aprendizaje. Estas prácticas pueden vincular el conocimiento con las emociones y mostrar cómo la clase entiende, siente e interpreta la historia.

En tanto que docentes, también es responsabilidad nuestra seguir aprendiendo, reflexionar activamente y no perder la curiosidad. Esto implica cuestionar nuestra pedagogía, nuestras emociones, nuestros sesgos y nuestros estereotipos. No podemos pedir a los alumnos que se enfrenten a situaciones incómodas, a la complejidad y a historias difíciles si nosotros mismos no hemos emprendido ya esa labor.

La esperanza también puede florecer más allá del aula: se halla en museos, archivos, lugares conmemorativos, monumentos, espacios públicos, espacios naturales, patrimonio local, exposiciones, trabajo de campo y visitas. El contacto con lugares, objetos y personas hace tangible la historia. Ayuda a los estudiantes a interconectar y cuestionar acontecimientos, objetos, recuerdos y realidades contemporáneas.

Cultivar la esperanza

«La esperanza no es un sentimiento ingenuo, sino un posicionamiento profesional que acepta la complejidad del pasado al tiempo que reconoce el potencial transformador inherente a los procesos educativos».

No todos podemos hacer todo esto de la misma manera. Nuestros contextos, planes de estudios, recursos y libertades difieren. Algunas de estas prácticas ya forman parte de nuestras aulas. Otras son algo a lo que aspiramos. Y otras precisan más tiempo, apoyo, valentía y respaldo de la comunidad.

Este encuentro comunitario de profesionales en torno al tema de la historia y la esperanza es más que una simple conferencia. Se trata de un ejercicio colaborativo de reflexión, un momento para inspirarnos en nuestras realidades compartidas, aprender de nuestras diferencias y forjar una conciencia común sobre lo que la enseñanza de la historia puede hacer posible hoy en día.

Entre las cuatro paredes del aula, es fácil perder de vista el contexto más amplio del que formamos parte. Estas citas ofrecen un espacio abierto y sincero en el que docentes de toda Europa y más allá pueden (re)encontrarse, compartir experiencias y recordar por qué se dedican a lo que se dedican.

Este manifiesto constituye nuestro enfoque colectivo sobre la esperanza como herramienta didáctica en Historia: un compromiso compartido para hacer del aula un lugar donde la esperanza no solo se debata, sino que también se construya.

Hope MANIFESTO

El «Muro de la esperanza» es una línea temporal visual en la que se pidió a los participantes que compartieran un recuerdo [illegible] esperanza del futuro, ya fuera desde un punto de vista histórico personal o a escala global. Cada aportación es reflejo de un momento, un suceso, una realidad o una emoción relacionados con la esperanza. Esta instalación creativa e interactiva incluye más de 120 contribuciones de los participantes en la 32.ª conferencia anual de EuroClio, «Historia y esperanza».

El muro nos ayuda a ver cómo la esperanza se manifiesta en distintos momentos,



progreso y el aula. El «Muro de la esperanza» simboliza la convicción de que el futuro puede prosperar, nutrido por las experiencias del pasado, una imaginación desbordante y el deseo de convertir las decepciones en oportunidades de crecimiento.



PN

Visita el «Muro de la esperanza» en línea: historywallofhope.eu

EuroClio

HOUSE OF EUROPEAN HISTORY

An initiative of the European Parliament